Organizado por el Centro de las Letras Españolas

Encuentro con Miguel Delibes

Homenaje al escritor, Premio Nacional de las Letras Españolas 1991

El Ministro de Cultura, Jordi Solé Tura, **inauguró, el pasado 12 de mayo, y en la sede de la Fundación Juan March, el ciclo de conferencias y la exposición de la vida y obra de** Miguel Delibes, **que el Centro de las Letras Españolas dedicó a lo largo del mes de mayo y primeros días de junio al escritor vallisoletano, que en 1991 había obtenido el Premio Nacional de las Letras Españolas. El homenaje constó de una exposición bibliográfica y un ciclo de conferencias, ambos en la Fundación Juan March, y de unas mesas redondas en la Fundación Mapfre-Vida.**

Estaba previsto que la conferencia inaugural la diera, el día 12 de mayo, **Francisco Umbral,** pero éste no pudo asistir, aquejado de una gripe, y fue el segundo conferenciante, **Fernando Parra,** quien pronunció la conferencia inaugural del Encuentro (Umbral la daría el lunes 1 de junio).

Asistió al acto inaugural el propio Miguel Delibes (quien ya no volvería a asistir a ninguna otra de las conferencias previstas, «por dignidad y por respeto a los conferenciantes —declaraba a un periodista—. Así, nadie se sentirá obligado a hablar bien de uno.»)

El Ministro de Cultura, **Jordi Solé Tura,** en sus palabras inaugurales resaltó la lectura personal que había hecho de dos obras recientes del escritor vallisoletano. Una es *Mi vida al aire libre,* con la que se sentía, afirmó, «profundamente identificado con todas las andanzas que en ella se describen», y la otra es su última novela hasta el momento, *Señora de rojo sobre fondo gris,* que, a su juicio, debería ser «de lectura obligada en épocas como ésta de desenfreno».

Por su parte, el director gerente de la Fundación Juan March, **José Luis Yuste,** en sus palabras de bienvenida, destacó la intensa y cordial relación que siempre ha tenido el escritor con esta institución cultural. «Desde hace más de 30 años, cuando Delibes obtuvo en 1958 una pensión de Literatura de esta Fundación y escribió con ella su libro *La hoja roja,* hasta la actualidad, su colaboración con nuestras actividades ha sido muy valiosa para nosotros, habiendo sido miembro de nuestra Comisión Asesora durante los años 1979 y 1980. Miguel Delibes siempre ha respondido con todo interés a cuantas cuestiones le hemos planteado en todos estos años. Todo un conjunto de colaboraciones que nos ha servido a quienes aquí trabajamos para considerarle como uno de los hombres más destacados de nuestro mundo cultural, más leal y más amistoso».

Un maestro del idioma

El propio **Miguel Delibes** («uno de los grandes maestros contemporáneos de idioma español», en palabras del ministro Solé Tura) reflexionó sobre su actividad narrativa («en rigor —confesó—, mi línea de trabajo desde siempre»), refiriéndose también al «nouveau roman», corriente narrativa muy en boga en la década de los sesenta.

«Para los escritores del 'nouveau roman' —opinó Delibes— la novela podía seguir subsistiendo aun supri-

miendo la historia, que era precisamente lo que a mi entender la justificaba. Al no comulgar con este criterio, estuve desde el primer momento al lado de los que consideraban antinovela a la nueva novela.»

«El 'nouveau roman' —siguió diciendo— me parecía un ejercicio descriptivo, bello desde el punto de vista literario, pero que en sí mismo no era un poema ni un ensayo ni tampoco una novela. Hoy sabemos que el 'nouveau roman' fue un movimiento vanguardista que se quedó en eso, en un prurito de modernización que pasará a la historia por su novedad, pero que no movió a la novela un ápice de donde estaba.»

Su postura ante la novela la recogía, al otro día, en *ABC* el periodista Antonio Astorga. El tema en novela, señaló Delibes, constituía su razón de ser, incluso «ante las inefables posturas de algunos novelistas extranjeros reunidos estos días [en la pasada primavera] en Barcelona, en la reciente sesión del Pen Club, para quienes el nuevo siglo exige un cambio de modelos narrativos, como si la esencia de la novela dependiera de la circunstancia temporal. Para mí una novela era y sigue siendo una historia inventada, encaminada a explotar las contradicciones que anidan en el corazón humano».

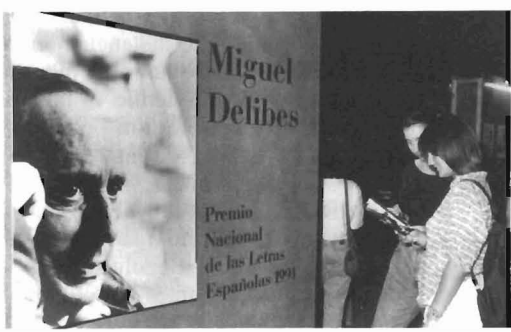
La literatura como arma

En su argumentación volvió Delibes al tema del «nouveau roman». A su juicio, en la Europa del medio siglo la negación de esta corriente casi implicaba la aceptación de la fórmula socialrealista: «Esto es, un realismo que utilizaba la literatura como arma contra la organización injusta de la sociedad. Fuera del 'nouveau roman', la literatura se ponía al servicio de la política. Surgía así una forma de narración poco elástica, con un enfoque reiterativo y maniqueo: el pobre, bueno y constante, permanentemente explotado, y el rico, malo y explotador insaciable».

«Encajando estos reveses, la novela clásica ha quedado inmovilizada. Esta es la fórmula social del realismo crítico que, aunque extraliteraria, busca en su objetivo un nuevo enfoque de la novela. Por otra parte, este enfoque, que apenas llegaba a rozar el sentimiento político del hombre, se me antojaba de poco alcance.»

Por lo que a él respecta, en sus libros utiliza «un realismo que procedía unas veces de los personajes, o del sentido poético de la misma narración. Y lo hacía así porque entendía que la literatura no sólo no tenía por qué subordinarse a la política sino porque siempre consideré que la denuncia indirecta, matizada con elementos poéticos, era en cualquier caso más operativa que eficaz. Solapé en mis relatos una intención moral, que sin duda no tenía absolutamente nada que ver con la literatura, antes bien podía suponer un lastre para ella pero que se ajustaba a mi sensibilidad, y por la que no renunciaba a la esperanza de poder alcanzar un día un perfeccionamiento social».

En páginas siguientes se ofrece un resumen del ciclo de conferencias que se dio en la Fundación Juan March, según el orden de intervención: **Fernando Parra, César Alonso de los Ríos, Josef Forbelsky, Carmen Martín Gaite, Manuel Alvar, Francisco Umbral** y **Gregorio Salvador.**



Fernando Parra

Un ecologista de primera hora

Hace algunos años, siendo profesor de ecología en la Universidad Autónoma de Madrid, recomendaba a mis alumnos la lectura de una novela de Delibes, *Las ratas,* como un manual de ecología rural. Naturalmente que esa forma de definir la obra aludida es un reduccionismo de sus valores, de mucho mayor alcance, pero, en mi disculpa, tengo varias alegaciones.

En primer lugar, y en una Facultad de Ciencias, proponer la lectura de un trabajo puro de creación literaria —no un ensayo científico— como fuente informativa del tema de estudio era mi particular modo de combatir el divorcio entre dos «culturas» —la literario-humanística y la científico-técnica— de que hablara Snow.

En segundo lugar, la propuesta estaba sustentada en el real contenido informativo que la novela en cuestión posee sobre ciertas formas empíricas de sabiduría campesina que de forma nada abusiva pueden ser calificadas de «ecológicas».

Tengamos en cuenta que el moderno sentido de aprecio de la naturaleza parte de una cultura precisa, la urbana, y que ese movimiento cívico que es el ecologismo actual, al venir «a salvar» desde fuera el campo, tiene sus ventajas en cierto distanciamiento no dependiente, pero también incurre en desenfoques, no siendo el menor una cierta infravaloración de la dureza, nada bucólica, de las condiciones de vida campesinas.

Delibes ha aportado al moderno sentimiento de aprecio a la naturaleza y a los movimientos ecologistas actuales unos antecedentes tan pioneros como ajustados. En primer lugar, él mismo ha sido un ejemplo viviente de puente entre las dos culturas: urbana y rural; en segundo lugar, un salvador y hasta rescatador, fundamentalmente a través de la precisión de un lenguaje, de toda una cultura rural en trance de desaparecer sin ser sustituida por nada.

A este respecto convendría recordar las palabras de nuestro insigne ecólogo y uno de los científicos naturales más reputados mundialmente, el profesor Margalef: «La ecología haría bien en mirar con simpatía la historia humana y las creencias tradicionales. La manera de tratar la naturaleza, conocimientos ecológicos adquiridos por selección cultural y transmitidos por la tradición, no tienen que ser totalmente incompatibles con la forma de nuestra ciencia».

Delibes ha sabido, desde su arte, reconocer y recoger esos saberes, aunando su estética urbana, con su conocimiento de primera mano del mundo rural. Tarea que el propio campesinado no estaba en disposición de afrontar, urgentemente inmerso en su desclasamiento urbanícola y además, como señalaba Unamuno, «el que tiene la frente inclinada sobre la esteva del arado no está en las mejores condiciones para apreciar las bellezas naturales».

Delibes no sólo ha sido excepcional y afinado testigo de ese mundo que agoniza: el rural de la cultura campesina y el natural en el que aquélla se desenvuelve, sino un agudo crítico de los desmanes ecológicos desde el sentido del progreso que inspira toda su espléndida obra y por la que estamos en permanente deuda.

César Alonso de los Ríos

Delibes: periodismo y testimonio

El ejercicio de la dirección de «El Norte de Castilla» fue para Delibes un largo viacrucis, con varias estaciones: una dirección interina durante dos años y medio, una dirección plena interrumpida por el nombramiento de subdirector responsable, otra etapa de dirección en buena medida controlada y, por fin, el pase al Consejo como delegado de la Redacción. En 1958 Delibes fue nombrado director con carácter interino. Fue al comienzo de esta etapa cuando yo le conocí y empecé a colaborar en el periódico. En aquella situación irrespirable, política y culturalmente, de 1958, mi encuentro con el periodista y novelista en «El Norte de Castilla» fue el descubrimiento de un ámbito insólito. En ese período Delibes incorpora al mismo las firmas de Jiménez Lozano, Martín Descalzo, Miguel Angel Pastor, Francisco Umbral, Manuel Leguineche, Javier Pérez Pellón...

Delibes se había empeñado en formar un equipo de colaboradores a los que sólo pedía una buena formación cultural y ganas de intervenir en la sociedad. No le preocupaban las posiciones políticas o los posibles compromisos. Delibes y su grupo de colaboradores fueron una suerte en aquellos años de asfixia. El se situaba en la posición de un narrador intuitivo y nos colocaba a nosotros en el papel de los intelectuales. Lo importante es que nos animaba a decir cosas.

Al incorporarse Delibes a la dirección del periódico, el nuevo «tono» no sólo fue advertido por el público lector de Valladolid, sino que fue comentado en medios profesionales y universitarios madrileños. Es indudable que en la nueva imagen del periódico, que acentuaba la línea reivindicativa regionalista y acrecentaba la opinión en sus páginas, contó de forma decisiva la personalidad de su director. El Premio Nadal del 47 por *La sombra del ciprés es alargada* tenía ya en su haber *Aun es de día, El camino, Mi idolatrado hijo Sisí, Diario de un cazador*... Es ya un autor que comienza a ser traducido, invitado por universidades extranjeras. Es ya uno de los primeros narradores españoles. Por lo mismo es especialmente vigilado por el régimen, que teme a los intelectuales.

Para mí Delibes ha sido trascendental. Y no sólo porque me orientó hacia el periodismo, sino porque me enseñó el difícil ejercicio de dudar y de saber reconocer las razones del otro. Un liberalismo radical que nada tiene que ver con el dogmatismo del liberalismo económico y político. Aprendí en él antes que en Gramsci que hay que ser pesimistas de inteligencia y optimistas de voluntad. Ha sido para mí una referencia ética.

¿Cómo era políticamente aquel Delibes? Prefería el término progresivo al de progresista. Era una mezcla de celoso defensor de lo individual y del intervencionismo socializador en educación o sanidad. Al hablar del Delibes periodista es necesario evocar un pasado de bochorno colectivo del que pudimos salir de forma lentísima y a veces cruenta. En ese proceso liberador Delibes estuvo siempre comprometido. Del don nada gratuito de la Democracia, quiero reclamar hoy la parte que corresponde a Delibes.

Josef Forbelsky

El fondo ético de la obra de Delibes

Al acercarnos a la obra de Miguel Delibes, nos vemos agradablemente obligados a constatar que desde sus comienzos, en los años cuarenta, hasta la actualidad contiene una dimensión ética muy acusada. En este sentido la obra de Delibes sigue conservando la mejor tradición de las letras hispánicas, la tradición cervantina, en la que se funde la maestría en el manejo del castellano con un horizonte ético.

En los 40, años de la reconstrucción de fundamentos éticos del país, la literatura española de postguerra pudo tomarse como una continuación pacífica de la contienda. En ella, Delibes, según se deduce de sus libros y declaraciones públicas, actuaba evidentemente del lado de quienes trataban de restituir la libertad del individuo, rechazando su instrumentalización por el poder del Estado. La postura de Delibes parecía enraizarse en la cultura y la ética europea milenarias. Creo que a este hecho, a esta solidez ética, tan estrechamente unida con su talento creador, hay que atribuir la extraordinaria resonancia que la obra de Delibes ha obtenido en los países de la Europa del Este, por entonces bajo el dominio de regímenes también totalitarios.

Es, además, muy significativo que la obra de Delibes mantuviera ese «substrato ético» incluso en los tiempos en los que la exigencia de posturas éticas dentro de las letras españolas empezó a perder su urgencia y cuando la prosa, bajo las presiones de un experimentalismo lingüístico a la moda, abandonó dichos criterios para sumergirse en exploraciones sintácticas y lexicológicas. Fue el período en el que se interrumpió la afluencia a nuestros países del Este de ciertas obras de Cela como *Oficio de tinieblas 5*. El caso de Delibes fue distinto. El también pasó por ese período de experimentalismo lingüístico con su *Parábola del náufrago*, pero nunca ha caído en la trampa de la pura técnica estilística o lingüística. En ese arte de saber enfrentarse al desafío de las técnicas narrativas y, al mismo tiempo, evitar sus desastrosos efectos destructivos en la esfera comunicativa, radica quizá la explicación de la continuidad de actuación de Delibes en la literatura castellana y de la transmisión de sus obras a los lectores de otros países. A pesar de las dificultades y obstáculos en el argumento, en la esfera idiomática, lo cierto es que los libros de Miguel Delibes lograban penetrar y llevar su mensaje a rincones tan heterogéneos como eran entonces los países de la Europa Central y del Este. Es que el lector se percataba de cierto elemento inherente a su prosa, de una sustancia cuya función no se limitaba a las exigencias de tipo estético, sino que iba descubriendo una coherencia de carácter ético. El escritor considerado en un principio como provinciano supo transmitir en los libros que iba publicando un mensaje para el mundo entero.

En la obra de Delibes, junto a la maestría en su manejo del maravilloso instrumento del castellano vallisoletano, el fondo ético constituye la grandeza de este escritor. La combinación de ambos factores ha sido lo que le ha abierto las puertas de nuestra Europa Central y del Este y lo que nos enseñó a tener muy hondo en nuestros corazones las tierras de España.

Carmen Martín Gaite

Sexo y dinero en «Cinco horas con Mario»

Cuando se dice de una persona que envejece bien, no quiere darse a entender que no acuse en su rostro los surcos del tiempo, sino que esas arrugas —a modo de texto que se superpone al antiguo— enriquecen los gestos que antes se entendían peor.

Desde esta interpretación, *Cinco horas con Mario* es una de las novelas que mejor envejecen con el paso de los años, y por eso cada relectura regala un nuevo hallazgo. La que acabo de hacer ahora me ha acercado de una manera más profunda y sutil al alma de Carmen Sotillo, acerca de cuyas contradicciones parece que ya está dicho todo, pues es sabido que pocos textos españoles habrán dado más pre-texto a tantos estudiosos nacionales y extranjeros como han metido en él la cuchara.

Y es el detalle —por todos conocido— de la reciente viudedad de Carmen, es decir, el hecho de que arranque a hablar cuando el cadáver de su esposo aún no ha abandonado el escenario de los vivos, lo que ha iluminado mi comprensión del texto al cabo y a través de la distancia que media entre esta lectura de hoy y la muerte en marzo de 1966 de Mario. Esa inmediatez de la confesión de Carmen me ha dado la clave para entender tardíamente su verdadero problema.

Carmen Sotillo tiene sed atrasada de interlocución con su marido, y los reproches que le dirige están imbuidos de esta carencia fundamental, de este buscarle el bulto a un interlocutor no más ausente en su inmovilidad irreversible que cuando rebullía como a cámara lenta junto a ella. Incluso podría decirse que más pie le está dando ahora para explayarse como lo hace. Ni la interrumpe ni está pensando en otra cosa.

Por encima de todo y sobre todo, su discurso versará sobre sexo y dinero. Para entender la relación de conflicto que guardan entre sí estos dos temas dentro de la ideología reaccionaria de la protagonista, conviene tener en cuenta no sólo el marco histórico de su discurso, sino aquella época cuya evocación retrospectiva alimenta continuamente dicho discurso: me refiero a la guerra civil, donde junto a los valores religiosos y símbolos de status social que presidieron la educación de Carmen, se abrieron subrepticiamente paso otros estímulos de signo contrario.

Nunca se dice «sexo», a pesar de las referencias continuas a él. En cuanto al dinero, otra de las preocupaciones clavadas en el alma de Carmen, sí lo menciona, llamándolo por su nombre, y muchas veces. Pero se detecta una intención de banalizarlo, de orillar cualquier alusión a los espinosos problemas sociales que entrañaba su mención para los intelectuales «inadaptados» de la pandilla de Mario.

Dije al principio que al cabo de los años he entendido mejor esta novela. Hoy para pocas mujeres significa un desdoro confesar que el dinero las erotiza, y más si es ganado fulminantemente y por los métodos que sean de la noche a la mañana. El discurso que a duras penas vinculaba sexo con dinero, y que tantas componendas verbales y sudores le costó a Carmen Sotillo, hoy sería suscrito sin empacho por muchas de estas triunfadoras.

Manuel Alvar

La vida misma en «Castilla habla»

El escritor siente el pulso de la lengua. No es sólo el instrumento de su oficio, sino también los resortes que lo mueven y lo hacen llegar a ser dócil herramienta, criatura sumisa en sus manos. Pero Delibes ha considerado otras cuestiones que le llevan a un mundo teórico, porque no es sólo lo que sus personajes piensen o digan, sino algo más profundo: que unos personajes, inventados o no por el novelista, hablen. Diríamos que más allá de la creación, la lengua le llega original; él no puede inventarla ni modificarla porque no le pertenece y, sin embargo, la recoge y nos la transmite.

El mismo Delibes afirma: «Pienso que el lenguaje, si no sirve como vehículo de comunicación, no sirve para nada». Ha hecho algo de lo que preconizó Unamuno: ha reunido un manojo de circunstancias externas (paisajes, quehaceres, gentes que narran) y ha creado un libro. Apasionante donde los haya, dramático como el que más de los suyos, angustioso con un reverdecer de ansias españolas. Tras habernos dado una buena gavilla de novelas, unas más tradicionales y otras menos, nos regala un libro, *Castilla habla*, que no es novela, ni historia de pasión, ni paisaje y que, sin embargo, es un libro de andanzas y visiones, de sociología y de psicología, de antropología y de dialectología. Nos da el sustento de muchas de sus páginas novelescas contando estas vidas con las que se ha cruzado o a las que ha buscado con deliberación. Porque la pasión está en el amor que el hombre Delibes pone en las criaturas a las que trata y en los paisajes que describe. Sin querer, ha caído en la tesis hegeliana: «En el mundo, sin pasión no se hace nada grande». Delibes ha buscado estas criaturas para transmitírnoslas y, a través de sus pequeñas o grandes pericias, nos ha dado una visión del mundo. El libro es la intrahistoria de Castilla, por la que el «señor Miguel» camina al pairo de recuas y molineros, de trapenses y capadores, de caracoleros y colmeneros. Son hombres y mujeres que nacen, crecen, aman y un día se mueren sin dejar ni voces ni gritos, si estas páginas no hubieran existido. Ya tenemos el por qué de la pasión y el por qué de este libro, la pasión nos ha llevado al hombre y el hombre a la historia.

Leyendo el libro de Delibes uno piensa en la grandeza perdida, pero piensa también en esa grandeza de no desertar, ni siquiera cuando la tierra no ofrece nada a cambio. De todas las obras de Delibes se puede obtener un tratado de antropología cultural. Un hombre narra su vida y el investigador transcribe. *Castilla habla* como es vida a la vida se dirige. El autor ha escogido un conjunto de seres y nos da una visión completa de aquello que quiere estudiar. Delibes, convertido en cada una de sus criaturas, ha utilizado el instrumento lingüístico que permitía crear seres de carne y hueso. Ha sido fiel al principio agustiniano de que en el interior de cada uno de nosotros hay una verdad, buena o mala, pero verdad. Sin embargo, trasplantado a un plano de universalidad, sólo el desencanto le sirve para formular su intento de teoría general. Pensemos en tantos casos de su obra: fe en los hombres y desconfianza en el Hombre.

Francisco Umbral

Drama rural, crónica urbana

El drama rural y la crónica urbana son los dos grandes ramales de la narrativa de Miguel Delibes: la pequeña provincia, el «burgo podrido», que dijo Azaña, y el campo. Novelas de la ciudad y novelas campesinas. Llamo «drama rural» a esas novelas campesinas de las que quizás la última muestra, y una de las más brillantes, sea *Los santos inocentes*. Drama rural en cuanto a que, efectivamente, son novelas que reúnen todos los ingredientes del drama rural tradicional, que hemos visto en la novela y en el teatro (*La malquerida*, de Benavente, en el teatro de Lorca, en el de Valle Inclán), en donde se profundiza en esa España agraria, sus costumbres, sus gentes, su manera de sentir, de hablar, esa España profunda, tan distante de la España ciudadana y cosmopolita que podamos vivir en Madrid.

Delibes hace dramas rurales con esa dialéctica hegeliana del señor y el siervo, llevada al plano más elemental, que es el plano campesino. Ahora bien, hay una diferencia entre el drama rural tradicional y el de Delibes, y es que en el drama rural tradicional, la chispa que incendia todo el drama es siempre pasional, una forma de amor. Hay otro drama rural (el antecedente más brillante, *Tierra Baja*, de Guimerá), donde se sustituye, y esto es lo que hace Delibes, el móvil pasional por el móvil social.

En las novelas rurales de Delibes, lo que desenlaza los elementos de la tragedia, esa tragedia que siempre está latente en el campo, es la motivación social, ya digo, que es una problemática muy de Delibes, como autor que es de la Generación de los 50, muy vinculada al socialrealismo.

En *Las ratas* hay un elemento que me gustaría destacar frente al tópico del realismo atribuido a Delibes: hay un niño mágico, el Nini, que es como una especie de trasunto del Niño Jesús, un niño que lo sabe todo, que lo predice todo. Tiene la ciencia infusa. Es una de las grandes creaciones de Delibes, el Nini, que rompe absolutamente con el contexto realista de la novela, es como un ángel que cruza de pronto por una novela realista.

Entre el drama rural y la crónica urbana, hay un intermedio, que es el *Diario de un cazador*, que es un libro que ocurre en la ciudad, el monólogo de un subalterno de un organismo oficial que es cazador, que sale al campo a cazar, y en donde se produce el machihembrado de la ciudad y el campo.

Miguel ha hecho por extenso la crónica de la pequeña provincia, Valladolid, se supone. Aquí hay un fenómeno curioso: en sus novelas campesinas describe minuciosamente el paisaje. En cambio en sus novelas de la ciudad no hace paisaje urbano. El suyo es un realismo de interiores, donde no se da el paisaje, y esto es una peculiaridad, en la que me parece que la crítica ha insistido muy poco o nada.

Las historias urbanas de Delibes son conflictos pequeñoburgueses, potenciados siempre por el sentido moral y la humanidad de los personajes. Es decir, lo que parece que va a ser una crónica urbana de una familia, de unos personajes, de pronto adquiere un giro moral profundo, porque Delibes es, ante todo, un escritor moralista.

Gregorio Salvador

Las Américas de Delibes

Miguel Delibes, castellano de Valladolid, tan honda y arraigadamente castellano en su perspectiva vital y en su creación literaria, fue dos veces a hacer las Américas, como tantos españoles de este y de otros siglos; no tan a la aventura, desde luego, como ellos solían ir, sino con estancia medida y regreso fijado, tres o cuatro meses en cada ocasión: la primera a Chile, en 1955; la segunda a los Estados Unidos, en 1964. En mi condición de lingüista y, más precisamente, de dialectólogo, una de las novelas de Delibes que más me ha maravillado estilísticamente es *Diario de un emigrante,* con el sabio y ponderado proceso de adaptación lingüística que experimenta la expresión del protagonista narrador, que va trocando insensible y paulatinamente sus hábitos castellanos por los usos chilenos. Y en un libro de 1961, *Por esos mundos,* Delibes había recogido sus artículos sobre América del Sur, fruto de aquel primer viaje a aquel continente.

Cuando va a América, lleva Delibes en su equipaje los primeros ejemplares de su novela *Diario de un cazador,* fresca aún la tinta de su impresión y vivo en su mente el personaje recién creado, Lorenzo, su protagonista y narrador. Y Delibes se reviste de la personalidad de su propio personaje inventado y va viendo América con su propia mirada de «europeo ahíto de piedras y tradiciones seculares», pero también con la más pura, inocente y un tanto cerril de su bedel cazador. Eso dará lugar a una de sus novelas más asombrosas: *Diario de un emigrante.*

¿Cómo reacciona Lorenzo, el emigrante, ante la desmesura americana, con cuyos ojos la ve también Delibes en su viaje hacia Chile? Llegar a la América española es llegar a otro continente, pero no es llegar al extranjero. Y eso se advierte muy bien en estos libros que comentamos de Delibes, en su doble encuentro con las dos Américas. En su viaje a Chile, aparte de la naturaleza «descomunal», lo que empieza en seguida a llamarle la atención, como escritor castellano, como usuario excepcional de un idioma que es el instrumento de su arte, es el encuentro con la voz desconocida, con el arcaísmo recuperado, con la denominación insólita, con la inesperada desviación semántica de tal vocablo. Pienso que fue ese descubrimiento, en vivo, del español chileno el impulso, la razón y el fundamento estilístico de su *Diario de un emigrante.*

En *USA y yo,* las descripciones del campo, donde Miguel siempre se siente a gusto, de las inmensas extensiones cultivadas, de la proporcionada distribución de los bosques, de la maravillosa policromía del otoño washingtoniano, nos ofrecen páginas muy hermosas.

Las Américas de Delibes son también mis Américas: la América de la lengua y la América de las amistades generosas e impagables. En la del Sur nos vincula una misma pasión compartida, él como creador, yo como estudioso: la de nuestra lengua española universalizada. En la del Norte, sobre todo personas: discípulos comunes, compañeros, la familia Ament que nos acogió a ambos en Washington y que, en cierto modo sutil, nos emparenta, la misma casa, amigos inolvidables. □